

# Roca Rey, Escultor

por Sebastián Salazar Bondy

30

Las esculturas que acaba de exponer Joaquín Roca Rey, vuelto recientemente a Lima después de una gira de cuatro años por el viejo continente, son muestras efectivas de todo lo que una vocación puede adquirir, enriqueciéndose, con el aprendizaje y el cultivo intensos. El conjunto de obras que ha exhibido el joven artista, especialmente si se lo compara con la serie anterior a su viaje, habla en primer lugar de un afinamiento de los medios y la técnica, el cual se expresa a través de un sucesivo progreso en la conquista de acentos propios que anuncian promisoramente el advenimiento de formas de personal originalidad.

Roca Rey acaba de liberarse, y están frescas todavía las huellas de dicho paso, de esa carga de conceptos que abrumba al principiante en sus primeros atisbos del arte, sobre todo si se ha formado al lado de un maestro como Victorio Macho. Ha dejado de lado ya ideas y principios cuyo conocimiento le era indispensable, pero cuya respetuosa condenación le abre de par en par una múltiple posibilidad de creación. La escultura se ha convertido en sus manos en lo que es en las manos de los mejores: volumen y espacio correspondiéndose activamente.

El proceso de efusión poética, el tránsito hacia tal alumbramiento, está expuesto allí mismo. De la cabeza de Cicerón a la "Amazona" hay una ruptura afortunada. "Cicerón" representa todavía demasiadas ideas extra-plásticas, pues denuncia el propósito que rige el trazo de cada uno de los rasgos de la escultura. Roca Rey ha querido hacer una cabeza tribunicia, ejemplar moralmente, enérgica espiritualmente, y lo ha conseguido, es cierto, aunque con mengua de otros valores que atañen a la expresión misma: la armonía formal, el lirismo del contenido, la pureza escultórica en una palabra. En la "Amazona", estos últimos matices han sido tocados, no obstante que aún el artista se ha dejado llevar por el exterior encanto de la idea allí extrañada, y de modo vacilante los ha entrevisto. Parece que a partir de esa atrayente figurilla obtiene Roca Rey la libertad deformadora, ese ímpetu henchido de seguridad que hace de la obra de arte una respuesta del hombre al mundo que lo interroga.

La posesión de esa libertad ha revelado a Roca Rey nuevas percepciones y, por ella, lo asedian ahora problemas tan cercanos a su propio quehacer como lejanos de la mera apariencia. Su obra, es ver-

dad, no evita sino muy excepcionalmente la realidad. La trata de penetrar buscando las esencias que la hacen rigurosa y le dan vigencia. Tal penetración es en algunas piezas más feliz que en otras. Por ejemplo, en la escultura denominada "Las tres gracias" o en la figura en aluminio, Roca Rey ha encontrado una más sólida versión de la verdad escultórica que en las menos certeras —y no por ello carentes de una muy singular belleza— "Danza", "Pas de deux" o "Maternidad". En aquéllas el artista ha superpuesto su visión a la visión común y ha interpretado así una realidad por medio de su personal teoría, mientras que en éstas, en las cuales priva por sobre esta sutil atingencia un ritmo, un equilibrio, una gracia y una espontaneidad admirables, cuenta un supuesto que cabría llamar narrativo, tan evidente en las descarnadas figuras humanas en yeso que componen también la muestra.

"Las tres gracias" es el primer relumbrón de un positivo hallazgo, bello sin más porque reúne en sí todos los elementos que hacen de una escultura un cuerpo dotado de unidad de fondo y forma, que concentra un espacio abigarrándolo y que convierte lo estático en dinámico, lo inmóvil en móvil, lo yerto en vivo.

Europa nos ha devuelto un Roca Rey hecho un artista cabal, que deseamos que el éxito artístico y social no desvíe de su verdadera meta. Su oficio ha adquirido soltura, facilidad, natural dominio, y su imaginación ha ganado, al abandonar las amarras que la constreñían antes, un poder de suscitación nítido y sin dubitaciones. Artista desfigurativo, la naturaleza tiene para él ese atractivo inacabable que tuvo siempre para los creadores. Lo que sus modelos europeos han enseñado a Roca Rey, lo que sus maestros le han entregado como conocimiento y evidencia, debe volverlo ahora estrictamente hacia sí para manifestarlo luego como rotundamente propio.

Cada escultura es varias esculturas, debido a los innumerables puntos de vista desde los cuales se puede apreciar, concluía Baudelaire en una de sus luminosas reflexiones. En gran parte de la obra actual de Roca Rey esa virtud, junto con las otras señaladas en estas ligeras columnas, está presente y constituye la más elocuente prueba de que ha sabido encontrar ese ángulo infinito que hace de un objeto escultórico un universo ilimitado.

18/12/52